LA TERRAZA

por Pedro Montero

Al contemplar aquellas cuatro sábanas, eternamente desplegadas en la terraza, experimentaba el deseo insensato de averiguar qué se ocultaba tras ellas.

Miro distraídamente por la ventana y vuelvo a contemplar la ropa tendida en la terraza de enfrente.

Los días son ahora cortos y el tiempo es frío, pero el sol caliente con fuerza en las horas centrales. A las seis de la tarde comienza a oscurecer. Al cabo de dos horas el ambiente se carga de humedad y las prendas de ropa vuelven a empaparse y a rezumar gotas de agua. Los balcones se abren antes de que se inicie el vertiginoso crepúsculo y la ropa va desapareciendo de las terrazas. Gimen las cuerdas al correr alrededor de las poleas y, como en un ritual arriar de banderas, los tendederos van quedando vacíos. Cuando la oscuridad se adueña del ambiente y el viento helado de este invierto agita las cuerdas, puedo percibir la blancura de las prendas en la terraza de enfrente. La helada va devolviéndoles el agua que el sol evaporó durante el día. La ropa vuelva a adquirir peso, y las ráfagas de viento apenas si bambolean el conjunto, que oscila solemnemente en la oscuridad.

Al día siguiente, muy temprano todavía, entro en mi estudio y m e sitúo junto a la ventana sosteniendo en la mano la taza de café del desayuno. Unicamente esa terraza aparece repleta de ropa tendida, pero la disposición es otra, y las prendas también.

Poco más tarde, van abriéndose los balcones y las amas de casa, enfundadas en batas guateadas color rosa o azul, dan comienzo a la tarea de tender la ropa al sol. Al mediodía, las traseras de todas las viviendas que puedo contemplar desde la ventana de mi estudio aparecen cuajadas de manchas multicolores; de grandes rectángulos blancos que se mecen blandamente pendientes de las cuerdas; de fragmentos de hombres y de mujeres de los que alguien hubiera hurtado los cuerpos.

Y en medio de ese maremagnum, la terraza de enfrente pretende pasar desapercibida, adoptar un aire cotidiano e inocente; asimilarse al resto de los balcones y proclamar por medio de sus prendas de ropa que no hay ninguna diferencia entre ese balcón obstinadamente cerrado y todos los demás. Pero yo sé que esos vestidos son los mismos que había allí colgados el día anterior, y que, cuando se aproxime la hora del crepúsculo y todas las prendas de ropa vayan desapareciendo de las cuerdas, nadie aparecerá en la terraza para recogerlos. Continuarán tendidos, al pairo durante algunas horas, hasta que, en algún momento de

la noche, se abra sigilosamente la puerta de la terraza y alguien proceda a sustituidos por otros diferentes cargados de humedad.

La persona que se cuida de tender la ropa en esa terraza, no lo hace al azar. Se toma buen cuidado en distribuir las prendas de una forma en absoluto caprichosa. Las oculta, sin ninguna duda, a la vista de los demás.

EL tendedero consta, al parecer, de cuatro cuerdas, y tan sólo la última cuelga fuera de los límites de la balaustrada. Las tres restantes se hallan en el interior del antepecho y no pueden se r vistas desde los lados ni desde arriba. Unicamente desde el lugar en que se encuentra mi estudio es accesible su contemplación. Y la persona que se encarga de tender la ropa en primera línea, pendientes de la terraza, cuatro sábanas de gran tamaño. A continuación en las cuerdas interiores, cuelga las prendas personales, de forma tal, que es imposible saber si se trata de vestidos de hombre, de mujer o de niño.

Frecuentemente me sitúo, como ahora, junto a mi ventana, y trato de adivinar qué hay colgado tras las sábanas. Seguramente —reflexiono— no hay nada premeditado en tal distribución. Las sábanas no caben en las tres primeras cuerdas. Solamente en la última hay espacio para que pendan con holgura. Las restantes prendas pueden ser suspendidas dentro del balcón sin peligro de que rocen el suelo. No obstante, la compacta formación, el impenetrable muro formado por las ropas de cama, parece no obedecer en exclusiva a imperativos de tamaño y espacio. Existe demasiado celo en la distribución de las sábanas, sobrepuestas unas a otras por los extremos, para que pueda pensarse que no hay intención alguna de defender el resto de la colada de miradas indiscretas.

Por otra parte, comparando esa terraza con las restantes, compruebo —cosa bien lógica— que no todos los días se tienden sábanas a secar. No es frecuente mudar las camas a diario, salvo en el caso de enfermos o personas postradas por alguna causa. O si se trata de niños pequeños que ensucien la ropa de cama con asiduidad.

Observando las demás terrazas, he llegado a la conclusión de que sólo dos días a la semana, como máximo, se sacan sábanas a secar al sol. Por otra parte, razones elementales de economía hacen en cualquier caso aconsejable introducir en la lavadora la mayor cantidad de prendas posible en lugar de lavar dos o tres sábanas cada día de la semana.

No es fácil, a esta distancia sobre todo, distinguir una sábana de otra. Tratándose de ropa blanca y de prendas de un tamaño similar, resulta una tarea ardua localizar un detalle que las pueda diferenciar; pero con gran paciencia y pérdida de tiempo, he llegado a percibir una diferencia en la blancura de los lienzos y he localizado una fina cenefa azul que bordea el embozo de una de ellas. Otra tiene en el centro una zona más clara, lo que me inclina a pensar que se trata de un remiendo.

Al cabo de varios días de observación he llegado a la conclusión de que las cuatro sábanas que cuelgan fuera de la terraza son siempre las mismas.

El martes, la de cenefa azul estaba colgada en primer lugar. A continuación pendía la del remiendo central; seguidamente aparecía la

más oscurecida y, después, la menos significada —o la más notoria, si se quiere— por la ausencia de detalles relevantes.

Al día siguiente, el orden era en todo similar al anterior, salvo que las dos últimas aparecían cambiadas de lugar.

El jueves, la de cenefa azul colgaba en segundo lugar, y la que el miércoles lo hiciera den tercero había sido desplazada a la cabeza. La de la pieza central estaba la tercera, y el último puesto lo ocupaba la más oscurecida, que el viernes, apareció de nuevo en el penúltimo lugar.

Tras una semana de continua observación he llegado a darme cuenta de que manos anónimas se entretienen cada noche en alterar el orden de la muralla de sábanas, que siempre son las mismas. No me cabe duda, pues, de que lo que se pretende es ocultar el resto de la terraza a miradas indiscretas. Y quien se dedica a ello, lo hace a conciencia, no dejando nada al albur: de ahí el cuidadoso trastrueque de las sábanas.

Aunque en los momentos anteriores al crepúsculo suele levantarse viento que hace ondear la ropa tendida en las terrazas, nunca hasta la fecha ha sido lo suficientemente fuerte como para agitar las sábanas de la terraza de enfrente y permitirme contemplar las prendas colgadas en las tres cuerdas interiores.

En alguna ocasión las rachas han hecho flamear los cuatro lienzos con un cierto vigor, pero apenas si esas momentáneas descubiertas me han servido para atisbar una forma fugaz o un matiz de color ensombrecido por la casi total ausencia de luz solar.

Con creciente ansiedad aguardé los días de lluvia. La lógica y la estudiada naturalizad que parecían presidir el intercambio de las sábanas hacían esperable que éstas desaparecieran de su emplazamiento caso de algún chaparrón. Las demás prendas, resguardadas bajo el techado de la terraza, deberían permanecer colgadas en aras de aquella misma naturalidad tan cuidadosamente buscada.

Pero mi ansiedad no se vio satisfecha, sin que nadie por ello pudiera tachar de extravagantes a los habitantes de aquel piso: a pesar de la lluvia, la ropa no desapareció en casi ninguna de las restantes terrazas. Vine a advertir de aquel modo que, cuando la ropa no se ha secado, la táctica empleada por las amas de casa consiste en dejarla permanecer invariablemente en las cuerdas hasta que cesa el temporal y aparece el sol; guardar la colada y volverla a sacar a cada momento constituiría una labor inútil y fatigosa.

Las cuatro sábanas, chorreantes bajo los embates de la lluvia, parecían tener un doble significado. Por una parte, proclamaban a los cuatro puntos cardinales que todo era perfectamente normal tras las puertas de aquella terraza. De otro lado, constituían una mueca dirigida exclusivamente a mí; una mueca sarcástica que parecía manifestar satisfacción por haber conseguido burlar una vez más mis ansias de curiosidad.

Estudio la casa de enfrente y hago cábalas tratando de adivinar qué ventanas corresponden al piso de la terraza en cuestión. Descubro en seguida que, independientemente de los huecos que den a la calle en la fachada principal, hay otras dos ventanas, además de la terraza. No hay visillos tras los cristales, pero, durante el día, el constante reflejo de las nubes impide la contemplación del interior. Cuando oscurece, comienzan

a encender se luces en la mayoría de los pisos. Las habitaciones de esa vivienda continúan a oscuras hasta que, cansado de permanecer al acecho, me retiro a descansar.

Más de una noche me he despertado y me he acercado a la ventana de mi estudio con la esperanza de ver a alguien modificando el orden de las sempiternas sábanas o recogiendo la ropa tendida tras ellas. Alguna vez he creído percibir una sombra que se oculta rápidamente al advertir mi presencia. No puedo asegurar con certeza que se tratara de una persona lo que me pareció ver en la terraza. Pudo tratarse de un efecto producido por las nubes al interceptar momentáneamente la luz de la luna o de un movimiento de alguna rama seca del árbol que hay en el patio.

Es obvio, por lo demás, que las prendas tendidas tras las sábanas deberán de ser tan comunes como las que se ven en los demás balcones y terrazas. Y el hecho de que pudiera tratarse de ropa más deteriorada no justifica semejante obstinación en ocultarla. (En ocultarla de mi vista, puesto que el interior de esta terraza tan sólo es accesible a mi mirada). En todo caso, la persona que se dedica a la tarea de tenderla y recogerla bien podría hacerlo a la luz del día; la eterna protección de la barrera de sábanas no me permitiría ver qué clase de vestidos pretende orear.

En el balcón que da a la calle hay una mesita de mimbre y un coche de niño desvencijado. Un arbusto casi seco crece en una maceta de barro. No hay cortinas ni visillos tras los cristales, pero tampoco puede atisbarse nada desde el exterior.

He dado la vuelta a la manzana y he pasado por la acera de enfrente mirando con disimulo el balcón y las ventanas que corresponden al piso de esa terraza. Me he detenido en el lateral de un quiosco de prensa y he permanecido un rato fingiendo contemplar alguno de los libros expuestos. En realidad, mi vista estaba clavada en el balcón de enfrente.

La mesita es corriente y debe de llevar mucho tiempo a la intemperie porque parece cubierta por una gruesa capa de polvo. El cochecito de niño tampoco se halla en buenas condiciones. Da la impresión de haber sido utilizado por sucesivas criaturas; pintado y repintado hasta que su deterioro ha obligado a relegarlo a un rincón del balcón.

Me hubiera gustado permanecer más tiempo en observación, pero el quiosquero ha empezado a mirarme de forma sospechosa y he tenido que marcharme. Al volver hacia casa he vuelto a contemplar de pasada el balcón sin observar nada digno de ser reseñado; pero, a punto ya de enterar en mi portal, ha llamada mi atención el escaparate de una óptica. He adquirido unos pequeños prismáticos con los que espero aproximarme más a la terraza de enfrente.

Cerca ya de las cinco de la tarde, me he instalado junto a la ventana de mi estudio y he mirado hacia la terraza a través de los prismáticos. Se ha levantado el viento. Las sábanas comienzan a flamear, pero la luz es tan escasa que, aunque las rachas son cada vez más fuertes, me sería imposible percibir nada en las últimas cuerdas, caso de que se abriera un resquicio en la barrera.

Al cabo de más de tres horas de observación me he acostado. Tan sólo me queda la esperanza de que, si el temporal continúa, puede que al amanecer tenga más suerte.

He introducido cuatro sábanas en la lavadora y algunas otras prendas de tipo personal.

He permanecido al acecho durante días y días in haber obtenido ningún resultado positivo. El viento nunca ha sido lo suficientemente fuerte; la lluvia no sirve de nada; las noches de luna llena, única ocasión en que la claridad es mayor, no me han permitido averiguar qué es lo que ocultan tan celosamente tras la muralla de sábanas. Soy consciente, no obstante, de que quien habite en esa casa está al tanto de todos mis manejos. Estoy casi seguro de que, tras los desnudos cristales de esa terraza o de las otras ventanas, alguien observa mis inútiles esfuerzos y se siente satisfecho al comprobar que su secreto continúa bien guardado.

Durante tres días, he dejado de prestar atención a la terraza de enfrente. Quiero que esa persona se confíe y crea que me he dado por vencido. Y ahora, al cabo de más de setenta y dos horas, en medio de la noche, he salido a mi terraza y he colgado en la cuerda exterior mis cuatro sábanas. Tras ellas, fuera del alcance de la vista de la persona a la que pertenezca esa terraza, he sujetado con pinzas las prendas menores, camisas, calcetines, ropa interior.

Por las noches, cuando todo el mundo duerme, salgo sigilosamente a mi terraza y, teniendo buen cuidado de no descubrir lo que hay en las cuerdas interiores, modifico el orden de mis sábanas. Procuro no encender ninguna luz en las habitaciones que dan a la trasera y me mantengo al acecho.

Durante más de una semana he continuado realizando esa maniobra regocijándome en la oscuridad de mi estudio. Sigo sin saber qué prendas cuelgan dentro de la terraza de enfrente, pero tengo la impresión de que esta situación no durará mucho tiempo. La táctica que he ideado deberá resultar satisfactoria si todo sale según mis previsiones. Hay, no obstante, algo que me inquieta en lo que estoy haciendo. Percibo una especie de luz roja de advertencia que se ha encendido en alguna parte. Ojalá se trate de una impresión pasajera y sin mayor importancia.

He tenido buen cuidado de que mis cuatro sábanas puedan distinguirse por algún detalle significativo; la forma del embozo, el tamaño, el color diferente. Y, finalmente, creo que el juego comienza a dar resultado.

Durante dos días he mantenido las sábanas en el mismo orden, sin tocarlas. Después, he ido fijándome en la forma en que esa gente va distribuyéndolas. Y he comenzado a imitarla.

El lunes colgué en primer lugar, la que tiene una pieza en el centro, y acto seguido, sin ningún orden premeditado ocurrió lo que había imaginado: la sábana remendada de la terraza de enfrente había sido situada en el extremo derecho de la cuerda.

Constaté que, tras aquella, aparecía la de la cenefa azul, seguidamente la más oscura y, a continuación, la menos significada por la ausencia de detalles.

Basándome en ese orden, consideré la situación de las mías e identifiqué cada una de ellas con su correspondiente en la terraza de enfrente. De ese modo, cada vez que el orden aparecía modificado en aquel piso, yo seguía los pasos de sus habitantes y trataba de identificarme con ellos mediante la aceptación de aquella distribución,

que, si caprichosa en un principio (eso supongo) debería de terminar por adquirir sentido a los ojos de una persona inteligente.

Ahora, al cabo de muchos días de comunicación mediante esta impensada clave (ni un día se ha cometido error por nuestra parte), ha llegado el momento de enviar el mensaje definitivo.

He esperado a que hubiera luna llena y, después de las doce, he salido a mi terraza y he apartado las sábanas descorriéndolas a la manera de las cortinas de un teatro. De esa forma han quedado a la vista de la terraza de enfrente las riendas tendidas en las cuerdas interiores. Después he vuelto al estudio y me he mantenido al acecho.

Al cabo de diez minutos ha sonado el teléfono. He descolgado el auricular y he escuchado una especie de risa sardónica, una extravagante carcajada metálica. Aunque también parecía el rechinar de una sierra mecánica. Estoy seguro de que la llamada procede del piso de enfrente. Noté que se me erizaba el vello de los brazos y que un escalofrío recorría mi espalda.

A los pocos minutos ha vuelto a sonar el teléfono, pero no lo he cogido. Ha continuado llamando por espacio de muchos minutos, hasta que el sonido del timbre se me ha hecho intolerable. Cuando el repiqueteo ha cesado, he sentido miedo del silencio súbito. He experimentado terror de haberme atrevido a solicitar la contemplación de lo que tan celosamente ha venido ocultándose a mi vista y, saliendo a la terraza, he vuelto a colocar las sábanas en su primitiva posición.

El coche de niño y la mesita de mimbre continúan en el mismo sitio. El arbusto no parece más seco. El reflejo de las nubes en los cristales dibuja formas engañosas. No sé si es una mujer lo que me mira desde la ventana o se trata de un simple reflejo.

He vuelto a contemplar el piso desde la fachada principal fingiendo interesarme por los libros del quisco de prensa. Al cabo de un largo rato, fatigado tratando de adivinar si las formas que creo apreciar son caras o perfiles de nubes reflejadas, me he atrevido a cruzar la calle y entrar en el portal.

En un rincón se encuentran los buzones para la correspondencia. He leído una por una las tarjetas hasta localizar el buzón del piso que me interesa. Algo me decía que mi búsqueda iba a resultar infructuosa; el tarjetero de ese cajetín está vacío.

Asustado, pero sin poder reprimir la curiosidad, he subido sigilosamente hasta el piso. En la escalera no me he encontrado con nadie. Se trata de un inmueble viejo sin portero ni ascensor.

Ala pasar por las puertas correspondientes a los demás apartamentos he escuchado risas y conversaciones de la gente que vive en ellos. En el rellano de ese piso, donde me he detenido conteniendo la respiración, reina un silencio sepulcral. Había dos puertas y, desorientado por las vueltas de la escalera (la letra de identificación apenas se veía), he dudado acerca de cuál de ellas correspondía al piso de la terraza que se ve desde mi estudio. Finalmente, he golpeado con los nudillos en la más próxima a la escalera y me he arrepentido de ello al instante.

De nuevo en el portal, me he atrevido a preguntar a una anciana que entraba —valiéndome de una excusa— por los habitantes de ese piso. Ante mi desconcierto, la mujer me ha informado de que hace varios años que ahí no vive nadie. El

apartamento de enfrente también está vacío por el momento; los inquilinos no suelen durar mucho y lo abandonan al poco tiempo de instalarse alegando ruidos molestos y ciertas incomodidades cuya naturaleza no ha querido detenerse en explicarme.

Yo me he limitado a escuchar atentamente sus palabras y no he hecho alusión alguna a lo que me ha traído hasta aquí. Antes de despedirnos me ha preguntado si me encontraba mal.

Había tomado la decisión de olvidarme por completo del asunto, que se ha convertido en una obsesión que me impide concentrarme y trabajar adecuadamente; pero, cada vez que levanto los ojos de la máquina, vuelvo a contemplar las cuatro sábanas y experimento el deseo insensato de saber qué se oculta tras ellas. ¿Quién se dedica, entonces, a ese estúpido juego? ¿Qué pretenden obligándome a seguirlo y a corresponder con mis propios movimientos en respuesta a los suyos?

Casi he olvidado que fui yo el que inició la emisión de los rudimentarios mensajes.

No sé desde cuánto tiempo atrás han estado pendientes esas sábanas en la terraza de enfrente sin que yo hubiera atribuido particular importancia al asunto. Si sé que he sido yo el que ha despertado la curiosidad de quien tiende ahí la ropa. Y me parece que es ya demasiado tarde para dejar las cosas como estaban.

AL término de estas reflexiones, me he levantado de la cama y me he asomado a la ventan del estudio. Hay luna llena, pero la sombra de un muro mantiene la terraza de enfrente en una semioscuridad suficiente, no obstante, para percibir lo que me interesa. He abierto el balcón y, con gran parsimonia, he vuelto a descorrer mis sábanas. Tras un momento de duda, he soltado las pinzas y he descolgado los cuatro lienzos.

Tras una media hora de sueño (había vuelto a acostarme), ha sonado el teléfono insistentemente. Cuando el eco del último timbrazo se hubo desvanecido, me he levantado con la seguridad de que todo estaba a punto de aclararse definitivamente. Me he aproximado a la ventana del estudio provisto de los prismáticos y he permanecido inmóvil con la vista fija en la terraza de enfrente. Las sábanas, dos hacia cada lado, aparecen descorridas por completo dejando al descubierto las cuerdas interiores. Algo, que la distancia me impide percibir con claridad, cuelga y se mece suavemente a impulsos de la brisa nocturna.

Cuando el teléfono cesa nuevamente a de sonar, aproximo los prismáticos a mis ojos y los dirijo hacia las cuerdas interiores de la terraza de enfrente. Permanezco inmovilizado durante un tiempo cuya cuenta se me escapa. El más espantoso de los terrores hace presa en mí ante lo que descubro. Mis manos aferran los prismáticos, que comienzan a temblar de manera incontenible. Advierto que se me eriza el vello y que me flanquean las rodillas. Se tensan los músculos de mi espalda y mi boca se seca a causa del pavor. ¿Quién me mandó iniciar este maldito juego? ¿Por qué he invitado a eso a mostrarme lo que hay tendido en las cuerdas interiores? ¿Qué voy a hacer ahora que conozco la horrenda realidad de las cosas?

Noto que gruesas gotas de sudor nacen en mi frente y resbalan por mis manos hasta mojar los temblorosos prismáticos. El teléfono vuelve a sonar, pero no me atrevo a cogerlo. Continúo aquí clavado, fascinado por lo que nunca hubiera imaginado descubrir a unos pasos de mi apartamento.

¿Qué es lo que debo hacer? Huir, huir rápidamente en tanto que me sea posible. Esconderme de nada serviría. Tomar lo más imprescindible y huir. Mientras el teléfono continúe sonando puedo considerarme a salvo.

El timbre del teléfono ha cesado de oírse. He de hacerme con lo necesario, dinero, la documentación y huir. Dejar una nota de advertencia sobre la mesa; pero de prisa. La distancia entre las dos casas puede cubrirse en menos de cuatro minutos. Quién sabe si en mucho menos, tratándose de «eso».

Cuando me hallo en medio del salón con el maletín en la mano, llaman a la puerta. No utilizan el timbre. Hasta mí llegan una serie de golpecitos continuados, unos arañazos en torno a la cerradura...

Se produce una pausa. ¿Han renunciado? Con el maletín en la mano, permanezco en medio del salón. Temo que los furiosos latidos de mi corazón lleguen a oírse en el descansillo y me delaten.

De pronto, vuelvo a escuchar los golpes, los suaves arañazos. Todo está ya perdido. Aferrándose al tirador, bambolean la puerta cada vez con más fuerza. Van a desencajarla...

Sólo me quedan fuerzas para soltar el maletín. Me gustaría escribir unas palabras de advertencia, pero ya todo es igual. El aire resumo humedad. Mi ser entero va tornándose aguanoso...